



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 11

CTX 103 INTRODUCCIÓN A LA PSICOLOGÍA

Baltodano, Mireya. “La familia: estructura y relaciones”. En *Introducción a la Psicología*, 89-111. San José: UBILA, 2009.

Publicación de la Editorial SEBILA de la Universidad Bíblica Latinoamericana.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

La familia: estructura y relaciones

4.1 La familia como institución social. 4.2 El vínculo afectivo familiar. 4.3 Estructura sistémica y vincular de la familia: Primera etapa: conexión con la familia de origen; Segunda etapa: La alianza; Tercera Etapa: La filiación. 4.4 La familia como gestora y criadora.

Pre-conceptos frente al tema

Antes de leer la Unidad, responda por escrito de manera espontánea, las preguntas siguientes. Esta tarea es un acercamiento al tema desde su propia

experiencia y conocimiento. Sus respuestas le pueden servir para autoevaluar su aprendizaje al finalizar la Unidad.

Objetivos

Terminada esta Unidad el o la estudiante podrá:

1. Ubicar la evolución de la familia a través de la historia y su importancia social.
2. Analizar la estructura familiar desde la perspectiva psicológica.
3. Reflexionar sobre la circulación en los modelos familiares.

- ¿Cuál es la imagen de familia con que usted ha crecido?
- ¿Qué función tiene la familia para los seres humanos?
- ¿Qué es lo que mantiene a las familias unidas?
- En su concepto, ¿qué es desintegración familiar?
- ¿Cuáles podrían ser las principales razones para la desintegración familiar?

Metodología

Esta unidad enfatiza un contenido teórico sobre la estructura familiar y sus relaciones. El propósito es que cada estudiante pueda mirar en forma amplia la institución social de la familia, conocer la dinámica psicológica de tal estructura y adquirir conocimientos básicos para reconocer las causas de algunas dificultades familiares que se observan a nuestro alrededor.

Como personas tenemos un núcleo familiar propio, que es un referente importante al responder las preguntas preliminares mencionadas antes. Esta tarea unida a las de observación y análisis que se asignan al final de la Unidad, le ayudarán a ver las familias desde una perspectiva más estructural.

4.1 La familia como institución social

Nuestro medio social tradicionalmente define la familia como un grupo natural de personas que se encuentran cohesionadas por sus necesidades mutuas de afecto y apoyo. Los actos de vida son aprendidos en y a través de la familia. Estas características han dado a la familia una categoría de institución social, como núcleo y sistema fundamental de la sociedad. Más allá de su función de ordenadora social y legal, la familia cumple también una función psicológica, al ser sus miembros los primeros nutrientes afectivos del nuevo ser que se incorpora al seno familiar.

La familia se inicia con la pareja. Según Federico Engels,¹ la aparición del matrimonio monogámico se produjo para asegurar la propiedad privada y la herencia de bienes a hijos e hijas reconocidas por el padre. Anterior al matrimonio monogámico, los grupos humanos se organizaban en hordas o clanes y no existía la paternidad o patria potestad como tal, sino que los hijos y las hijas eran atendidos por la madre, es decir, subsistía una organización matrifocal y matrilineal. Sin embargo, las mujeres, por su capacidad procreadora y nodriza, eran resguardadas celosamente por cada clan a fin de preservar la descendencia.

La familia de nuestro tiempo es compleja. Su carácter jurídico y su rol social hace que en ella converjan factores histórico-culturales, ideológicos, económicos y ético-morales. Tales características la sitúan como puente vincular entre las personas y la sociedad. Por tanto, la familia es a la vez receptora, transmisora y promotora de los imaginarios culturales, los códigos de comportamiento, los valores y los códigos de convivencia en cada sociedad o agrupación cultural.

Las características familiares evolucionan históricamente, amenazadas por las circunstancias socio-económicas, los descubrimientos científicos e industriales, la comunicación intercultural y las luchas

¹ Engels; 1972.

reivindicativas sociales y familiares. Así, la familia es un ente social dinámico, al igual que otras instituciones como la iglesia, el sistema educativo o el aparato jurídico. Si bien socialmente es reconocida como base de la sociedad y por tanto de interés público y bienestar colectivo, su otra función como gestora de la afectividad humana ha sido considerada ámbito privado. Hasta hace relativamente poco tiempo la calidad y la responsabilidad en las relaciones familiares ha sido tema de la jurisprudencia. Los abusos, el abandono y la violencia son penalizados en algunos países, aunque en las creencias y las prácticas de la gente se mantiene el imaginario familiar como ámbito privado.

4.2 El vínculo afectivo familiar

El lazo afectivo, el amor familiar, es un vínculo emocional que en su forma de expresión ha estado sujeto a los cambios histórico-culturales de la civilización. En la Antigua Grecia el amor filial fue elevado como virtud suprema por sobre el amor erótico. En la época feudal, no había necesariamente una conciliación entre amor y matrimonio, pues se anteponía el afán por la sobrevivencia del grupo familiar a los sentimientos. Además, se hacía una abstracción del amor que no concebía lo sexual como parte integral, sino que era visto como una fuerza poderosa de caballero andante para realizar hazañas que honraran a su dama inconquistable (no necesari-

amente su esposa). Esta expresión de amor cumplía la función social de impulsar logros individuales, propios de la ideología de la época.

Tras el feudalismo, en los albores del siglo XIV, se fueron unificando las nociones de amor y matrimonio. Con el surgimiento de las nuevas condiciones de vida de la clase burguesa, se creó un nuevo ideal moral que fusionó lo corporal y lo espiritual. Para la acumulación del capital, según la ideología predominante, se requería una estrecha colaboración de los miembros de la familia, de manera que ésta era más fuerte en tanto existieran lazos afectivos estrechos. El ideal del amor, por tanto, aparece cuando la familia deja de ser una unidad de producción y se convierte en una unidad de consumo y guardiana del capital acumulado. El amor se convierte en un sentimiento legítimo sólo dentro del matrimonio. Así se impide que el capital acumulado se disperse. El sentimiento de amor se liga indefectiblemente al principio de propiedad, concepción que se ha seguido transmitiendo por generaciones, con diferentes matices.²

A partir de la Primera Guerra Mundial se enfatizó la compatibilidad sexual de la pareja como factor determinante de la felicidad conyugal, y se ignoró el hecho de que es la incapacidad de amar o generar confianza y entrega mutua en la pareja, lo que imposibilita el goce

² Kollontai; 1980.

sexual. Según Fromm, se colocó al amor como resultante del placer sexual, cuando la situación es inversa. Para él, tanto el amor como la satisfacción sexual son recíprocas y el amor como trabajo en equipo para soportar la soledad, constituyen modalidades de la desintegración del afecto en la sociedad contemporánea y formas patológicas del amor socialmente determinado.³ Hoy la búsqueda de pareja corresponde a superar la soledad. El estar solo o sola se ha convertido casi en un estigma social y por tanto la pareja (o familia) se constituye en una estructura de refugio.

Sin afán de restarle el valor humano a la vida en pareja, en tiempos recientes la institucionalización de la pareja ha ido decayendo en algunos sectores sociales, quizá por razones económicas, la libertad sexual o el temor al encierro afectivo. Así, observamos algunas variables de pareja propias de la época, como los matrimonios sin convivencia que se dan en parejas que le temen a la servidumbre o que creen mantener vivo el romance en cada encuentro. También vemos las uniones internacionales o las parejas homosexuales que se están validando legalmente en algunos países.⁴

Una constante a través del tiempo es que en el amor de pareja siempre se han asignado lugares no sólo distintos sino desiguales a mujeres y hombres.

³ Fromm; 1980.

⁴ Burin y Meler; 1998.

Aunque en la época contemporánea las mujeres eligen pareja, su crianza las lleva a ocupar un rol de complacencia, negando sus propios deseos y propósitos en la relación. Esto sucede aún en aquellas mujeres que se reconocen autónomas en otras esferas de su vida. El papel de salvadoras de la relación se pone de manifiesto cuando las mujeres autopostergan sus necesidades y ocultan aspectos de su personalidad para ser agradables a la persona amada. El esfuerzo por mantener la armonía o retener a su pareja puede llevarlas a entregas incondicionales que transforman el amor en servilismo.⁵

Además del modelo patriarcal que diseña la dependencia económica de la mujer dentro la pareja; la situación económica que se agudiza en general, pero con mayor repercusión en amplios sectores empobrecidos de las sociedades latinoamericanas, entra a jugar un papel importante en las relaciones de pareja. La falta de ingresos económicos para las mujeres especialmente, las hace mantenerse en pareja, a pesar de los altos índices de violencia doméstica. La pobreza acrecienta las restricciones sociales y las convierte en “organizadoras de las crisis cotidianas”, al ser exigidas para crear estrategias de sobrevivencia familiar. A pesar del nivel de organización que deben lograr las mujeres para “estirar el dinero”, su rol social sigue siendo invisible y subvalorado.

⁵ Coria; 2001.

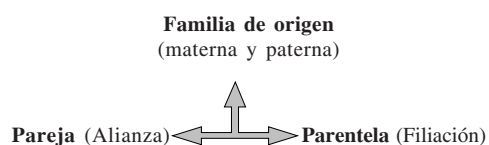
Entre sectores urbanos y rurales existen diferencias en la imagen de pareja y los roles que cumplen. En la zona rural, por seguir una especie de modelo de economía familiar o comunitaria, se mantienen más fuertemente los roles tradicionales de pareja, así, los hombres son los proveedores principales y las mujeres desempeñan un aporte laboral más informal. El espacio propio de la pareja prácticamente no existe, sino que casi desde el inicio de la relación se convierten en padres y madres, a veces a edades tempranas, sin previa preparación, ni mucho tiempo de noviazgo. En tal caso, el rol maternal se vuelve el preponderante de las mujeres, opacando sus otros posibles roles sociales, ya sea por la exigencia de sus tareas maternas o por exigencia de los esposos. Ese rol maternal se hace extensivo al esposo, a quien se le cuida y quien no contribuye al trabajo doméstico.⁶

Si bien el énfasis en la afectividad familiar se ha iniciado con el amor de pareja, ésta es sólo la precursora de la matriz en la cual se incluyen hijos e hijas. El sentimiento de amor familiar debe estar orientado hacia la autonomía con solidaridad entre sus miembros. Esto implica que cada persona pueda diferenciar entre su propio proyecto de vida y el proyecto común que se gesta en la convivencia. A propósito, los aspectos afectivos y estructurales de la familia se desarrollarán más adelante.

⁶ Este perfil de la pareja rural se obtiene de estudios de caso e investigaciones en proceso o inéditas.

4.3 Estructura sistémica y vincular de la familia

En la estructura familiar se reconocen tres etapas: la conexión con la familia de origen, generalmente la materna, la alianza que se establece al seleccionar pareja y determinar la convivencia, y la filiación marcada por la aparición de los hijos y las hijas.⁷ Cualquier familia involucra a tres generaciones a lo menos, y aunque éstas no convivan, los patrones de crianza hacen que la ideología familiar entrecruce las tres generaciones.



Según el enfoque sistémico, una forma de entender a la familia es viéndola como un sistema socio-cultural abierto, en proceso de transformación. Al interior, la estructura familiar responde a las demandas de sus miembros (a veces de manera inconsciente), lo cual organiza las relaciones entre sí y les da continuidad. Desde el punto de vista sistémico, la concepción de la familia cambia paralelamente a los cambios sociales; por tanto, la estructura familiar debe ser capaz de adaptarse a las circunstancias y las transiciones culturales. Eso se logra con la flexibilidad y adaptabilidad de los sub-

⁷ Berenstein; 1978.

sistemas que integran el sistema familiar. La estructura familiar es un sistema que abarca dos subsistemas: el parental y el fraterno.



Cada sub-sistema tiene sus límites fijados por sus miembros: el sub-sistema fraterno lo definen el grupo de hermanos y hermanas; el sub-sistema parental lo define la esposa y el esposo. Como se verá más adelante, la calidad de esos límites determinará en gran medida el desarrollo personal y grupal.

Ambas teorías -vincular y sistémica-orientan su análisis hacia la estructura familiar sana, en la cual cada persona tiene un sentido de pertenencia que le permite desprenderse hacia la madurez y autonomía. A continuación se desglosa el recorrido que hace el grupo familiar. Si bien la teoría sistémica no hace énfasis en la herencia familiar que recibe la familia nuclear, ubica al sistema familiar en un contexto social cambiante que la determina. La teoría vincular ve esa influencia cultural y social a través de la familia de origen y del tercero social que se definirá al referirnos a la tercera etapa: la filiación.

4.3.1 *Primera etapa: Conexión con la familia de origen*

Toda persona interioriza a su familia de una forma particular, dándole significaciones que tienen que ver con las vivencias, las creencias y las maneras de relacionarse entre sí. Son procesos aprendidos inconsciente o conscientemente en el seno de su familia de origen, la cual es la que dio vida a cada uno de los miembros de la pareja, y que ha conformado la personalidad de cada uno.⁸ Los procesos vividos en el ámbito familiar dan cohesión al recoger significaciones comunes a todos sus miembros. La cohesión familiar que se produce de manera inconsciente podría ser tanto patológica como sana. Ronald Laing introduce el concepto de “familia” entre comillas, para referirse a la familia internalizada que cada miembro lleva dentro de sí y que le hace sentirse parte de ella.⁹ Esta “familia” tiende a tener una imagen común entre todos los miembros de la misma, alimentada por las vivencias, los relatos que se cuentan unos a otros y los valores y las normas que se van compartiendo.

La cohesión familiar es a veces guardada celosa o compulsivamente por sus miembros. Si uno de sus miembros cuestiona algunos valores familiares en búsqueda de su desarrollo personal, generará un conflicto familiar, pues la tendencia es preservar y no

⁸ Calvo, Ritterman y Spolansky; 1973.

⁹ Laing; 1987.

poner en duda. Ante el cuestionamiento, la familia tiende a ocultar, confundir o enmascarar lo que realmente está ocurriendo, impidiendo que el conflicto aflore y pueda revisarse con claridad su motivo. Estas acciones mistifican, es decir, encubren y estereotipan los comportamientos. La mistificación actúa como una defensa trans-personal, en la cual se protegen los miembros de la familia frente al cambio que promueve la persona que cuestiona. Muchos casos de esquizofrenia son producto de mistificaciones familiares.¹⁰

Otra forma de defensa que tiene la agrupación familiar cuando se siente amenazada o cuestionada es atribuir una enfermedad mental al comportamiento “alterado” de alguno de sus miembros, depositando en la persona aparentemente más enferma el peso del conflicto para salvaguardar el equilibrio familiar. Así, el problema familiar que indujo a la conducta “inapropiada” de uno de sus miembros es silenciada, ocultada y permanece latente, sin llegar a la transformación cualitativa de la relación familiar.

Esta actitud promueve la adaptación de cada miembro para mantener la cohesión familiar, en lugar de promover el crecimiento personal y grupal.¹¹ Sin embargo, la locura no es la única manifestación de cuestionamiento a la familia. Bien podrían ser los estilos de vida diferentes a la ideología familiar

o creencias religiosas o políticas que rompen la tradición y que son censuradas hasta el punto de ruptura con el miembro que se ha apartado de la norma.

Algunos conflictos frecuentes dentro de la familia se producen alrededor de los acontecimientos más relevantes de la vida, como son el nacimiento, la selección de pareja, la relación sexual y la muerte. De estos hechos se pueden derivar fantasías, mitos y tabúes que los miembros de la familia promueven, comparten y tienden a preservar en el tiempo. Se crea así una estructura inconsciente de la familia, en busca de la cohesión mencionada. Muchos de estos pactos familiares son inconscientes y dan paso a mitos familiares que trascienden las generaciones y demarcan actitudes, modelos de relacionamiento, roles familiares, formas particulares de apreciar las situaciones cotidianas, las creencias y los sentimientos.

Cuando los mitos familiares son analizados reflexivamente por el grupo familiar, se da la oportunidad de enfrentar sus temores, culpas y represiones. Esto libera a sus miembros para ser personas más autónomas, con criterio propio y posibilidad de crecer. Pero, el reconocimiento de estos pactos secretos o creencias falsas no es fácil sino doloroso, pues se experimenta miedo ante la ruptura familiar. Es importante señalar que la familia es un sistema que organiza a sus miembros de tal manera que cada uno tiene efecto sobre el resto.

¹⁰ Cooper; 1979.

¹¹ Laing; 1976.

Todo lo analizado anteriormente refleja formas de vinculación afectiva. Vincularse afectivamente es ligarse a otra persona mediante un sentimiento que no necesariamente es amor, porque bien podría ser hostilidad, resentimiento, odio o dependencia, entre otros. El tipo de vinculación afectiva que se produce entre los miembros de una familia determina el tipo de interacción, la forma de comunicarse y de ubicarse como un todo en la sociedad. En términos sociales, se podría hablar de la distribución del poder dentro de la estructura familiar, según la forma vincular.

Las formas de vinculación afectiva se pueden expresar de tres maneras: a) aquella vinculación que ata y retiene la individuación (vinculación simbiótica, fusionada o aglutinada), b) aquella vinculación que promueve el aislamiento afectivo-social (vinculación narcisista o desligada), y c) aquella vinculación que genera crecimiento y autonomía (vinculación discriminada o cooperativa).

El establecimiento de un vínculo simbiótico o fusionado dentro del seno familiar implica la ligazón con el grupo de tal modo que no permite a la persona hacer cortes para afianzar su identidad, y ésta queda lograda de manera parcial o empobrecida. En términos generales, la persona queda atrapada en la matriz materno-paterna y no completa el proceso de maduración e individuación que todo ser humano debe vivir para

alcanzar su plenitud y desplegar todas sus capacidades. En términos populares, la persona simbiotizada es aquella que sufre de “mamitis”, o es “el hijo de papá”, o “la eterna adolescente”, entre otras. Estas personas, a su vez, establecen formas vinculares como la descrita, con sus propias parejas.

El desligamiento o narcisismo afectivo se refleja en las personas con dificultades para socializar o para comprometerse afectivamente. Esta conducta se produce por un vaciamiento afectivo en las relaciones de crianza o por abandono emocional o físico de las personas encargadas de la crianza, en especial el padre o la madre. Sin embargo, tal estilo de crianza bien podría generar todo lo contrario, un apego compulsivo hacia las personas que se aman, como forma de compensar abandonos primarios de la infancia. Las relaciones con éstas son poco profundas y difíciles por la inhabilidad para expresar sentimientos y compromiso.

El vínculo discriminado permite relacionarse con otra persona de manera comprometida, pero teniendo a la vez un grado de privacidad que le permita mantener y fortalecer su propia identidad. El término discriminación en el ámbito psicológico no significa rechazo o marginación de otra persona por desvalorización social, como usualmente se lo utiliza. Para la psicología, discriminar es decidir tras un discernimiento de la situación. Es

tomar distancia, verse personalmente en determinada situación y finalmente asumir postura frente a los acontecimientos o las personas. Es tener opinión y posicionamiento propio desde el cual compartir en relación con otro u otra. No se trata de egocentrismo, sino de un conocimiento y reconocimiento de sí, que se ofrece de manera honesta en el relacionamiento afectivo.¹² La acción de discriminarse es una práctica de vida, no sólo de la pareja, sino de cada persona frente a las circunstancias y las personas que le rodean, no sólo en su familia sino también en el trabajo, la iglesia y los espacios sociales en los cuales participa.

4.3.2 Segunda etapa: La alianza

Pincus y Dare¹³ afirman que existen cuatro principios básicos que determinan la selección de pareja:

1. Las motivaciones que llevan a la escogencia de pareja o a mantenerse unidas son en gran medida inconscientes. En el proceso de selección operan mecanismos de identificación o proyección. La persona se identifica con características o vivencias de su pareja que vienen a llenar algunas frustraciones propias, o bien puede proyectar sobre ella

sentimientos dolorosos de aceptar o deseos no satisfechos. En ambos casos estos mecanismos actúan como protección y reforzamiento de su autoimagen.

2. En las parejas puede haber cierta complementariedad de necesidades, anhelos y temores. Existen diferentes tipos de necesidades que pueden ser complementarias en los miembros de una pareja: dominio-sumisión, protección-dependencia, realización-vivir de los logros ajenos, hostilidad-humillación. La complementariedad, entonces, viene a ser un acuerdo inconsciente en el cual la identificación y la proyección son partes integrales.
3. El tercer principio se refiere a que muchos anhelos y temores inconscientes que constituyen ese contrato no escrito son derivados de relaciones anteriores con sus familias de origen, especialmente durante la infancia, en la cual sus deseos y necesidades no fueron satisfechas plenamente.
4. Los patrones de relacionamiento en las parejas y en las familias parecen provenir de épocas en que el niño o la niña vivieron una relación afectiva intensa con sus progenitores, reconociéndolos como pareja

¹² Calvo, Ritterman y Spolansky; 1973.

¹³ Pincus & Dare; 1978.

¿Complementar o completar?

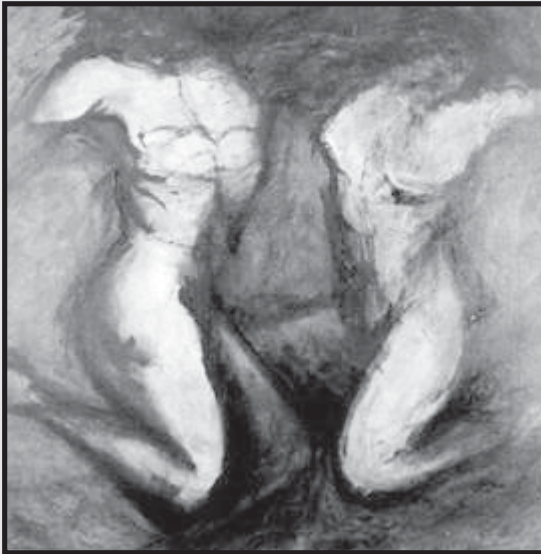
Desde tiempos inmemorables la complementariedad ha sido vista como el destino ideal de la pareja, en donde cada persona encuentra una especie de su otro yo para sentirse más pleno (“una sola carne”). Esta imagen ha sido sustentada por la cultura, la biología y la teología. Sin embargo, la misma realidad se ha encargado de hacer la corrección matemática: uno más uno son dos... y no uno. No se puede descartar el sentido positivo de esta imagen de *ser dos en uno*, que promueve una penetración profunda, definida en este texto como intimidad.

Sin embargo, mirando la realidad de las parejas con la lupa de la justicia, se hace evidente la trampa que este concepto tan agradable tiene: *complementar* se ha venido entendiendo y practicando como *completar*. Es decir, se espera que cada miembro de la pareja rellene los vacíos del otro, que la o lo complete. Pero en ese afán de completar se queda cada quien incompleto o incompleta. Evidentemente el sentido de plenitud humana no es comparable con las plantas parásitas, los caracoles o los zancudos chupa-sangre.

La alternativa debería ser que nadie complete a nadie, sino que cada quien se auto-complete para dejar de ser medios o tres-cuartos y volverse realmente *uno*. Así

dejaríamos de ocultar nuestra incompletitud. Así los dos *unos* compartirían su completitud y no su incompletitud. Así dejaríamos de ser gusanos para convertirnos en mariposas. Así compartiríamos lo que somos y no lo que el otro quiere que seamos. Así la complementariedad se tornaría en mutualidad o reciprocidad, pues lo que se da, también se recibe, y lo que se recibe no se quita sino que se devuelve.

Así... en lugar de uno...
seríamos mucho más que dos.



de la cual podían ser excluidos o incluidos. Cada persona ha experimentado en la niñez una relación con una persona adulta de sexo contrario —sea su padre, su madre, u otros adultos significativos— que le sirve de modelo para las relaciones de pareja en la adultez.

Según los autores mencionados, estas cuatro premisas se complementan e influyen en la selección de pareja, más allá del sentimiento de amor que se profesan al enamorarse. En este sentido, conocerse a fondo y acompañarse psicológicamente si surgen dudas antes del matrimonio, pueden ser medidas sabias para iniciar una vida de pareja en términos más realistas y comprometidos.

Un factor importante al inicio de una vida de pareja es que cada miembro tenga una identidad clara. Esto quiere decir que deben conocerse profundamente, saber quiénes son con claridad, qué es lo que desean hacer en la vida, qué esperarían de la otra persona que les acompañará en la existencia y cómo conciben la vida en pareja. Son preguntas esenciales, básicas e importantes en la existencia de cualquier persona. Sus respuestas honestas sólo se hacen posibles cuando la persona ha madurado suficiente. El proceso de identidad no se detiene, pero existe un punto de partida en el cual la persona se ve a sí misma separada, distinta, con criterio propio.

Así, puede decirse que la persona que no ha alcanzado claridad sobre sí misma —sin engañarse—, no está bien preparada para establecer una relación de intimidad. Esta se produce cuando dos personas se compenetran a tal grado que existe un conocimiento profundo de la una por la otra, al punto de a veces anticipar movimientos, respuestas y gestos. La intimidad también involucra la comunicación corporal y sexual; es también el clima propicio para expresar tanto las esperanzas como los temores, las necesidades de apoyo y consuelo, las frustraciones y los logros.

Cuando no ha habido suficiente tiempo o patrones de crianza adecuados para que las personas hayan madurado lo suficiente, la pareja que se inicia en estas condiciones se sigue criando.¹⁴ Esa crianza mutua tiende a completar lo que sus familias de origen no permitieron desarrollar como personas independientes.

Sin embargo, es un proceso difícil, porque cada miembro de la pareja puede demandar del otro actitudes y comportamientos ajenos a su verdadera personalidad.

En tal caso, la intimidad se torna difícil y aparecen ansiedades tales como el temor a perder la propia autonomía si se compromete mucho con su pareja o miedo al potencial abandono si se “entrega” mucho a la relación. Estas

¹⁴ Calvo, Ritterman y Spolansky (1976), la llaman “pareja de crianza”.

ansiedades deben asesorarse terapéuticamente para encontrar el origen de sus temores y lograr conciliar sus necesidades de crecimiento personal y como pareja.

La asincronía en el crecimiento personal puede llevar también a actitudes asimétricas en la pareja, de manera que alguien asume roles de mayor autoridad frente al otro u otra y crea un desequilibrio de poder en la relación. Tanto los sentimientos de superioridad como los de inferioridad son caras de la misma moneda: la inseguridad y la dependencia personal producto de una crianza incompleta o mal encaminada por las familias de origen. Las asimetrías pueden llegar a niveles de alta destructividad en la pareja, sin posibilidad de diálogo y negociación.

Frente a las asincronías, las asimetrías y las ansiedades que se producen, la pareja puede seguir varios caminos: a) Seguir consolidando este modelo vincular simbiótico, buscando que su pareja le rellene lo faltante y haciéndose infelices mutuamente; b) o puede hacerse acompañar para encontrar los orígenes de sus desacuerdos, creando un espacio de crecimiento personal y de pareja; c) o en última instancia, no encontrar solución a sus desavenencias y decidir separarse. Aún esta última opción necesita de acompañamiento terapéutico para aprender de la situación y crecer a partir de esa pérdida.

Existen personas que llegan con mucha claridad y discernimiento a la relación de pareja, sin escatimar el amor que ha florecido entre ambos. Se produce así una relación simétrica a través de la cual las decisiones se toman por acuerdo mutuo, y en la que ceder ocasionalmente no representa derrota sino flexibilidad y cooperación. En estas parejas los roles pueden ser alternantes, según las circunstancias y no por patrones estereotipados. En algunos casos, estas parejas pueden tener también períodos de complementariedad, cuando alguno de los miembros de la misma necesite más protección y apoyo que el otro, de manera temporal y no por rigidez de caracteres. La flexibilidad y la alternancia constituyen pilares para la relación. No son parejas exentas de conflictos, pero existe el espacio emocional suficiente para resolver sus desavenencias sin amenazar la seguridad personal de cada quien.

La sexualidad de la pareja es fiel reflejo del sistema vincular; por tanto, los roles a nivel cotidiano se reproducen en la vida sexual: si son rígidos y estereotipados, eliminarán o disminuirán la capacidad creativa de expresar y dar placer, pero si por el contrario existe reconocimiento mutuo en la pareja, la práctica sexual será otra fuente de afirmación, crecimiento y realización personal y de pareja. Evidentemente la intimidad tiene como expresión trascendente al acto sexual, pero la vida sexual no se limita al coito, sino a la eroticidad que se imprime a la relación

total, llenando los espacios de la vida cotidiana con actos estimulantes a los oídos, al olfato, al espíritu, a la razón y la valoración y afirmación como seres humanos. La sexualidad es por tanto una faceta anímica, racional y volitiva de la vida. No responde a la manipulación corporal o provocación sexual solamente, sino al estímulo que proviene del amor y el reconocimiento constante de la pareja.

Igualmente importante es el diálogo entre la pareja, cuya modalidad de comunicarse se relaciona directamente con la vinculación que han establecido. Calvo, Ritterman y Spolansky afirman que en el verdadero diálogo la palabra está integrada, de tal manera que existe armonía entre lo que se dice y lo que se piensa, que se practica una escucha activa (que es reflexiva), al igual que una palabra asertiva que es producto de lo reflexionado y sentido. Esa calidad de diálogo se produce entre personas que se conocen y reconocen a su interlocutor hombre o mujer. Cuando la vinculación está viciada de inseguridad y defensas, se producen formas de comunicación que asemejan diálogos, pero que en la realidad son seudo-diálogos o monólogos. Es una aparente conversación en la que realmente no hay intercambio de ideas.

El seudo-diálogo involucra dos estructuras distintas, de las cuales una es supuestamente dialogal aunque en forma simultánea, y la otra es impostora y no dialogal. En este tipo de comunicación, el desacuerdo entre

el contenido de lo que se dice y el mensaje que se emite está encubierto. Podría también no decirse abiertamente lo que se desea transmitir, sino que se enfoca la atención en el lugar no indicado, de manera que lo esencial del mensaje pasa inadvertido. El monólogo implica egocentrismo en los miembros de la pareja. Por estar centrados en sí mismos, cada uno mantiene su discurso, como voces paralelas que no se cruzan. Hablan, pero no se escuchan, dicen palabras, pero no dialogan.¹⁵

4.3.3 Tercera etapa: La filiación

En el análisis de las familias hemos venido siguiendo el enfoque del “esquema vincular ternario”: familia de origen-pareja-parentela. Dentro de este esquema, la pareja podría ser “el tercero” que irrumpe en un vínculo diádico de la familia de origen (padre/madre e hijos/hijas); o la llegada de los hijos e hijas se presenta como una presencia disruptiva de la díada “pareja”. Cuando se habla de irrupción o interrupción de una relación anterior, no significa ruptura excluyente, sino apertura a la alternabilidad de relaciones. La díada siempre tiende a la fusión; la triada ofrece oportunidades de autonomía. En síntesis, la premisa que se emplea en este enfoque familiar es que para la salud mental, el crecimiento personal y grupal y la

—
¹⁵ *Ibid.*

proyección de la familia en la comunidad, “el tercero” es necesario para deshacer cualquier intento de fusión o simbiosis que atrape a la pareja o a la familia. La parentela juega ese rol fundamental en la constitución de una familia sana.

La etapa de filiación en una familia abarca la espera, la llegada, el crecimiento y la separación de hijos e hijas. Desde antes del nacimiento se produce una especie de ambientación física y emocional con la llegada de cada hijo o hija, a la cual Rolla denominó “organización simbólica prenatal”,¹⁶ que tendrá su efecto en la acogida que se ofrezca al nuevo ser por parte de la constelación familiar. Existen varios factores externos que influyen en la calidad de esa acogida, tales como la situación socio-económica, el momento histórico-familiar de la llegada, el sexo, el número de hijos preexistentes, entre otros. Sin embargo, el análisis de esta sección se centrará en la dinámica psicológica de la filiación.

Para hombres y mujeres, la llegada de los hijos y las hijas puede tener significados distintos, de acuerdo a los modelos de crianza o sociales. Marie Langer afirma que la actitud de las mujeres hacia la maternidad ha variado a través del tiempo, pues aunque antes las restricciones sexuales para las mujeres les provocaban trastornos de

tipo neurótico, en el presente los trastornos son más de tipo psicosomático, al combinar la maternidad con los nuevos roles adquiridos en el ámbito laboral. Según esta autora, no sólo las presiones socio-económicas influyen positiva o negativamente en su percepción de la maternidad, sino también sus propias experiencias infantiles y de relación con sus madres.¹⁷ Estas aseveraciones de Langer ponen en entredicho el mítico “instinto maternal”, que afirma que todas las mujeres desean ser madres y que todas saben instintivamente cómo criar a sus hijos e hijas. Nada más lejos de la realidad. La maternidad es una relación demasiado compleja para ser atendida por una conducta instintiva.

Los hombres tienden a reaccionar en forma diferente a las mujeres frente a su paternidad, no sólo porque los patrones culturales no promueven una paternidad tan activa como la maternidad, sino también porque en la paternidad no intervienen los efectos psicofisiológicos de la gestación, sino que se va formando un sentimiento que emerge ante el nacimiento del hijo o la hija. Al igual que las mujeres, los hombres pueden tener temores, ansiedades o fantasías originados por conflictos no resueltos de su niñez.¹⁸

Según Eric Erikson¹⁹ existe en cada ser humano una etapa en la cual se hace

¹⁶ Rolla; *op. cit.*

¹⁷ Langer; 1977.

¹⁸ Deneke, Ulate y Zumbado; 1982.

¹⁹ Erikson; 1973.

necesario expresar su capacidad de generatividad, es decir, el deseo y la necesidad de trascender su propia vida hacia las nuevas generaciones. Esta necesidad puede expresarse no sólo con los y las hijas, sino también con los y las hijas de otras personas. Los hijos de ambos sexos pueden llegar a cumplir funciones diversas en la familia, se produce una dinámica particular en cada caso. Para la pareja que los desea, los hijos e hijas son recibidos como una bendición, se constituyen no sólo en alegría y esperanza de vivir, sino que dan al padre y la madre una sensación de logro, bienestar y realización personal y de pareja.

Pero también, si existen conflictos personales o de pareja, la aparición de un hijo o una hija, aún cuando fuesen deseados, los podría intensificar y producir una crisis familiar manifiesta o latente. Precisamente en la crianza se ponen de manifiesto estos conflictos, como también en la forma de relacionarse o el tipo de vinculación afectiva que ha desarrollado la pareja. La indefensión y dependencia de hijos e hijas puede hacerles víctimas de la hostilidad, el abandono afectivo, la posesividad y la conflictividad de las personas adultas.

Desde el punto de vista de la teoría sistémica, la pareja y la parentela son cada una un subsistema del sistema familiar. El subsistema “parental” y el subsistema “fraterno”, como los llama

Minuchin,²⁰ tienen necesidades distintas. La relación entre estos dos subsistemas depende de la calidad de los límites que se han establecido. Si los límites son claros, con reglas generales aceptables a ambos subsistemas pero flexibles según las circunstancias, y con reconocimiento de sus necesidades mutuas, se forjará una familia de tipo cooperativa, donde todos cuentan con apoyo como grupo e individualmente. Si los límites son difusos, es decir, variables de acuerdo a estados de ánimo o intereses, o donde los roles de padre y madre o hijo e hija no son claros, la familia tiende a ser aglutinada, dependientes entre sí y con un crecimiento limitado. Si los límites son rígidos, demasiado estereotipados, la familia tenderá a ser desligada, cada uno o una se aísla del grupo familiar o crece con vacíos afectivos. La perspectiva sistémica ayuda a visualizar dónde están los conflictos; la teoría vincular permite entender por qué se dan esos conflictos.

Según la teoría vincular,²¹ los hijos y las hijas pueden conectarse afectivamente con sus progenitores de diferentes maneras, de acuerdo con el modelo vincular que éstos han venido transmitiendo como pareja:

1. Si el tipo de vinculación afectiva es simbiótica, hijos e hijas serán una prolongación

²⁰ Minuchin;

²¹ Calvo, Ritterman y Spolansky, *op.cit.*

simbiótica de la pareja, pareciendo o imitando al padre y la madre para evitar la ruptura, la individuación o la separación esperables en el proceso de maduración. En apariencia se ven como una familia muy unida, bien llevada, con ausencia de conflictos. Sin embargo, los hijos y las hijas pueden quedar atrapados en las redes familiares, y su maduración postergada o incompleta se podrá manifestar más adelante, cuando no asuman un rol adulto o no puedan definir un proyecto de vida propio, o continúen la simbiosis con su pareja.

2. En otros casos, cuando existe algún conflicto entre la pareja, los hijos y las hijas se conviertan en el centro de la pelea, aduciendo que lo hacen por ellos y ellas, cuando en realidad utilizan a los hijos como medio para expresar su mutuo enojo. En tal caso, decir que se pelean *por* los hijos y las hijas debería ser más bien que se pelean *en* los hijos y las hijas; la parentela se convierte en un lugar para pelear. Tal situación se puede prolongar aún después del divorcio, cuando la separación no logra sanar los resentimientos; hijos e hijas siguen siendo manipulados o utilizados en sus propias rencillas.
3. Algunas veces, ese mismo conflicto provoca que uno de los miembros de la pareja, quizá el o la que se sienta más debilitado o vulnerable, se refuerce con alguno de los hijos o las hijas, ya sea como su cómplice o su fuente de sentido en la vida. Es decir, el hijo o la hija asume un rol complementario que llena el vacío que deja la relación de pareja. Esto se manifiesta en sobreprotección, posesividad o como transferencia del amor conyugal al hijo o hija. Tal situación imposibilita el desarrollo pleno de tal hijo o hija, oculta el conflicto de la pareja y éste no se resuelve.
4. Estos son típicos casos de triangulación dentro de la familia, que al incluir a un tercero, evita que se confronte el verdadero problema. Las triangulaciones pueden ser transgeneracionales, cuando —por ejemplo— la esposa tiene un antiguo resentimiento con su padre, que luego inconscientemente traslada al esposo, y que al no resolverse lo prolonga en los hijos. La tendencia a triangular los conflictos responde al temor al cambio o al abandono si los enfrenta. Todo cambio, aunque produzca crecimiento, puede generar dolor o inseguridad temporal.

5. En ciertas familias, donde el logro personal o la vida social son importantes, o que tienen dificultades de expresar amor, los hijos e hijas quedan fuera de la vida de la pareja, o su crianza se relega a terceras personas. Aquí no se incluyen aquellos casos en que por razones socio-económicas la convivencia no es posible entre padre y madre e hijos e hijas, y por el contrario esa situación se vive con dolor pero sin abandono afectivo. La exclusión afectiva de hijos e hijas responde a temores adquiridos desde la niñez, al sentir que niños o niñas amenazan de alguna manera la autonomía o realización personal, o a tendencias narcisistas. Esto crea un círculo vicioso de abandono afectivo.

6. Una vinculación afectiva que conduzca al crecimiento personal debe evitar cualquier forma de estereotipia, como se dijo. Esto se logra dando espacio para variadas formas de relaciones entre los subsistemas: existen actividades propias de la pareja, actividades propias de los hijos y las hijas; actividades que combinan uno o varios miembros de la familia mientras otros quedan temporalmente fuera de ellas, entre otras. La alternabilidad en las relaciones permite a

cada miembro de la familia experimentar la separación como una postergación y no como una exclusión.

Toda persona debe aprender a sentirse bien aún cuando no esté incluida en una situación o actividad específica. El aprendizaje de sentirse separado se adquiere desde la niñez, en un proceso paulatino de desimbiotización de las figuras materna y paterna. Este proceso se llama separación-individuación, como indicé antes. Cuando el proceso de separación-individuación no se logra plenamente, en la vida adulta la postergación se vivirá como abandono. Una típica respuesta al temor al abandono son los celos. La separación-individuación se dificulta cuando la crianza es polar, es decir, muy posesiva y sobreprotectora o muy indiferente y desapegada. Igualmente, la sensación de abandono puede provenir de conflictos, a veces traumáticos, no resueltos con las personas que estuvieron a cargo de la crianza: padre, madre o figuras sustitutas. El aferrarse en la vida adulta a una relación puede ser un intento de afirmar y recompensar el afecto perdido en la niñez.

4.4 La familia como gestora y criadora

Tanto la teoría vincular como la teoría sistémica sobre la familia promueven el desarrollo pleno de las personas. Al preguntarle a Freud qué era salud men-

tal, dijo simplemente: “Amar y trabajar”. Esta respuesta involucra una compleja verdad, pues según analizamos, la capacidad de amar requiere de independencia y compromiso, y la capacidad de trabajar requiere de un proyecto de vida y de propósito. Estas capacidades —amar y trabajar— se adquieren paulatinamente en un ambiente familiar que promueve el crecimiento personal y grupal. El ambiente familiar expresa una ideología familiar, es decir, el manejo que ese pequeño grupo hace de los afectos, las relaciones, el tiempo, el espacio, y su proyección a la comunidad o el espacio externo a la familia.²²

La ideología familiar es la estructura grupal en la cual se nace y crece. Puede tender hacia la discriminación y la socialización, en cuyo caso los miembros de la familia buscan la apertura hacia la participación social y comunitaria. Pero también la ideología familiar podría conducir el crecimiento hacia adentro y no hacia fuera, de manera que los miembros de la familia se centren en su propio bienestar individual y grupal y no practiquen la solidaridad. Es evidente que el modelo cultural de crianza promueve una individuación sin compromiso social, pues enfatiza el éxito personal, y por tanto imprime un alto sentido de competitividad personal y de competencia grupal.

²² Calvo, Ritterman y Spolansky, *op. cit.*, p. 173.

La ideología familiar orienta o define el estilo de crianza. La crianza es tan compleja que no basta el instinto paterno o materno. Tanto el padre como la madre pueden amar a sus hijos e hijas, pero a veces no gustarles como son o actúan, no estar siempre disponibles anímicamente para ellos o tener algunos resentimientos hacia ellas. Se dijo que en la crianza aparecen los conflictos de la propia crianza del padre o de la madre. Por eso algunas madres o padres desarrollan un tipo de crianza parásita, a través de la cual reviven su propia infancia. Así, el padre que no pudo ser médico quiere vivir ese deseo a través de su hijos y se “parásita” con él para realizar su sueño. O quizá padres y madres insatisfechos con sus logros personales, envían mensajes ambivalentes a sus hijos e hijas; por un lado les dicen que sean como ellos trabajadores, honrados, cumplidos, pero por otro lado les envían mensajes de no ser como ellos: pobres, con educación incompleta, frustrados.

El modelo cultural puede generar en la familia algunas frustraciones paternas o maternas que sin duda se trasladan a la crianza. En una situación socio-económica apremiante, un padre obligado a ser el proveedor puede sentir gran carga y desasosiego con su rol, pues cada etapa de su vida como proveedor le impone nuevas exigencias sin permitirle el disfrute de las ya logradas, según expresan algunos hombres. Ciertas mujeres ven la maternidad como un eterno

embarazo, pues al hacerse responsables de la crianza como rol principal de su vida, asumen la tarea como “sacrificio” e “impotencia social”. Aún cuando realicen trabajos fuera de la casa, la doble jornada, el sentimiento de culpa por abandono del rol o el cansancio que disminuye el erotismo, se proyectan en la crianza.

Por tanto, existen reglas invisibles, por ser inconscientes la mayoría de ellas, que organizan la crianza —o la desorganizan—. Esto es, temores ocultos, culpas, resentimientos que definen la relación, estereotipos que encasillan los roles en la familia, más empatía con algún hijo o hijas, entre otros. Estas reglas invisibles pueden ser revertidas a través de un proceso de toma de conciencia y aprendizaje del rol paterno-materno. Es necesario que la pareja parental tome en cuenta que una crianza que promueva la autonomía debe respetar la diferencia de cada uno de sus hijos e hijas, tener en consideración la edad para tomar decisiones sobre ellos y ellas, y reconocer las necesidades particulares de cada cual.

Cuando existe disposición a aprender a ser padre y madre, se desarrolla gran sensibilidad hacia el hijo o la hija para conocerlo, aprender de él o ella, fomentar el aprendizaje mutuo y generar espacios de diálogo, negociación y consenso. Tal empatía promueve confianza entre uno y otro, se crea un acomodo que genera la cooperación y la interdependencia, se

establecen límites sanos que protegen y no amarran.

A continuación se presenta un esquema que sintetiza las características de dos modelos de crianza: uno autocrático, donde predomina el estilo jerárquico y autoritario, y otro democrático que enfatiza el reconocimiento mutuo como seres capaces y responsables. La crianza democrática no está ausente de autoridad, pero ésta se expresa como firmeza y no como infalibilidad.

El cuadro que sigue tiene como trasfondo distintas perspectivas del poder. En una crianza autocrática el poder es de tipo *sobre*, de dominio y control sobre las personas menores y bajo el supuesto de que son menos capaces y dependientes. Promueve la obediencia a la autoridad y el no cuestionamiento. En una crianza cooperativa se practica un poder *para*, o poder *con* el otro o la otra, para promover la cooperación en el aprendizaje mutuo. Cuando existe desempoderamiento por parte de quienes están encargados de empoderar y potenciar a las demás personas, éstas terminan sufriendo de “nidez”. En conclusión, el empoderamiento se produce dentro de relaciones de mutualidad; al contrario, la competencia solamente promueve inseguridad y devaluación de la dignidad humana.

Modelos familiares de crianza	
<i>Crianza autocrática</i>	<i>Crianza democrática</i>
1. Utiliza la amenaza para educar.	1. Respeta, dialoga y responsabiliza.
2. Somete para que aprenda.	2. Guía para que aprenda.
3. Recompensa por el trabajo, promoviendo el interés o el premio por su aporte familiar.	3. Asume el trabajo familiar como tarea de todos y todas para promover el sentido de cooperación.
4. Utiliza el castigo para corregir errores. Se ha comprobado que es falacia que el castigo corrija, porque el cambio se produce por voluntad y no por coerción.	4. Permite que hijos e hijas aprendan de las consecuencias lógicas de sus actos, y reflexiona con ellos sobre el resultado de su comportamiento.
5. Emplea una actitud dominante para criar: anula la voluntad y estimula la rebeldía en hijos e hijas.	5. Utiliza una actitud firme que hace que adultos y menores ejerciten el auto-control.
6. Sobre-reacciona a los caprichos de hijos e hijas, ya sea criticando o complaciendo	6. Es sensible a las necesidades y los derechos de hijos e hijas y responde a ellos.
7. Utiliza la humillación y la burla para corregir, así disminuye la auto-confianza. Esta actitud aleja a los hijos y las hijas.	7. Promueve la confianza en la capacidad y la habilidad de los hijos de ambos sexos para generar confianza en sí mismos.
8. Enfatiza los errores, lo cual desanima al cambio.	8. Acentúa los logros y el progreso en el aprendizaje, lo cual estimula a corregirse.
9. Exige perfección, así frustra los intentos de sus hijos e hijas por temor a equivocarse.	9. Permite la imperfección como medio para aprender de errores y hacer que éstos disminuyan.

10. Aplica la violencia en la corrección. Esto promueve el engaño y la evasión de la responsabilidad.	10. Existe disposición para escuchar y aceptar los errores. Así promueve la responsabilidad.
11. Enfatiza las conductas inadecuadas, pero al mencionarlas repetidamente las refuerza y no las resuelve.	11. Descubre el propósito oculto de las conductas inadecuadas y las ignora para descondicionarlas.
12. Señala y etiqueta a hijos e hijas con apodos. Así promueve la identificación con el rol asignado que generalmente lo ubica negativamente.	12. Separa el hecho o acto del actor o actora, y pone el énfasis en el hacer y no en el ser. Ejemplo: “eso fue algo tonto de hacer”, en vez de “fuiste tonto”.
13. Atropella procesos y limitaciones en el aprendizaje de acuerdo a edad y madurez.	13. Da tiempo y es tolerante en el aprendizaje según la persona crece y madura.
14. Cae en círculos viciosos de repetición de instrucciones o deberes que los hijos no hacen.	14. Actúa y no tan sólo habla cuando las palabras ya no tienen respuesta.
15. Entra en juegos de lucha de poder. Las discusiones y peleas se centran en la persona.	15. Toma distancia del propósito del comportamiento y se centra en la situación que hay que cambiar.
16. Responde a demandas de atención inadecuadas en lugar de ignorarlas para tratar de promover control.	16. Sabe discriminar los tipos de atención requerida y responde según la necesidad expresada.
17. Se involucra en peleas de otros (quizá entre hermanos) y agranda el conflicto.	17. Se mantiene al margen de las peleas para favorecer la capacidad negociadora que se produce entre hermanos y hermanas.
18. Les habla a hijos e hijas en tono imperativo, sin escuchar.	18. Habla con los hijos y las hijas, produciendo diálogo y entendimiento.
19. Ofrece y promete irresponsablemente.	19. Ofrece lo posible, cumple sus promesas.

A manera de síntesis sobre la teoría familiar presentada en esta Unidad, concluimos que las generaciones de familias van creando un modelo vincular que tiende a repetirse, y configuran cierta circularidad de características para ligarse afectivamente, comunicarse y ubicarse socialmente. Afortunadamente tal círculo puede abrirse en espiral, para que cada familia vaya incorporando nuevas formas de convivencia que sean más sanas y autónomas.

Caso de análisis**La historia de Teresa, Francisco y sus familias**

Teresa y Francisco tienen varios años de vida matrimonial. Tienen educación universitaria y un nivel de vida de clase media. La pareja tiene una hija de diez años y un hijo de cuatro.

Teresa tiene treinta y siete años. Es hija de una pareja que vivió en unión libre, durante la cual concibieron tres hijas. Antes de esta unión, la madre de Teresa estuvo casada y procreó dos hijos. El padre de Teresa casi nunca estaba en la casa, pues era transportador y se ausentaba mucho de la ciudad. Finalmente, el padre abandonó la casa cuando Teresa tenía tres años. La madre se hizo cargo de la crianza y manutención de la familia. El padre ni siquiera les dio el apellido a las tres hijas, más bien formó otra familia y ascendió económicamente hasta llegar a ser dueño de una empresa importante.

Después de la separación, el padre mantuvo poco contacto afectivo con Teresa y sus hermanas y casi ningún apoyo económico (sólo bajo presión). Más bien, la nueva compañera de su padre era quien estaba más atenta a las necesidades de las tres hijas. Sin embargo, Teresa, su hermana y hermanos lograron concluir carreras universitarias, excepto la hija mayor que sufre de retardo mental. Como dice Teresa: “mamá nos sacó adelante”. Actualmente, Teresa mantiene poco contacto con su familia (algunos viven fuera del país). Se comunica con ellos individualmente, pero no promueve reuniones familiares.

Francisco tiene treinta y seis años. Proviene de una familia asalariada de clase media. Su madre se dedicó a las labores domésticas y a la crianza de los dos hijos y una hija. La madre fue sobreprotectora con todos, en especial con Francisco, según él lo manifiesta. Se crió en un barrio, cuyas casas pertenecían a su abuelo y estaban habitadas por todos sus familiares. El padre era el proveedor económico del hogar, pero tomaba mucho licor con los amigos, y se ausentaba constantemente de la casa. Esta situación provocaba muchos pleitos entre su padre y su madre. Los paseos los hacían con la madre y abuelos maternos. Lo poco que compartió con su padre fue en torno al fútbol. El abuelo materno asumió el rol padre para Francisco y sus hermanos, pues los acompañaba en sus actividades, les ayudaba en los estudios y proveía para los gastos de la universidad. Siendo joven, Francisco enfrentaba a su padre para que dejara el licor y tomó la firme decisión de no ser igual a su padre. Actualmente, Francisco dedica mucho tiempo a su madre, quien le exige que la visite todos los días y si no lo hace, le pide que comparta un fin de semana completo con ella.

Francisco expresa el deseo de ser un padre que se preocupe por las necesidades afectivas y recreativas de sus hijos. Sin embargo, según su esposa Teresa, él sacrifica a la familia por el trabajo. Francisco afirma que él está pendiente de las necesidades de su familia, pero al mismo tiempo él tiene ambiciones que sólo puede alcanzar a

través del trabajo, pues a él nadie le ha regalado nada. Teresa añade que él se desvive por su mamá y sus hermanos, pero no por su propia familia.

La relación afectiva entre Teresa y Francisco se inició con bastante reserva por parte de la familia de ella, pues a Francisco le antecedió todo un historial familiar de padre y tíos “mujerriegos, agazapados y con mamitis [dependencia de la madre]”, según afirma Teresa. Francisco ve a su abuelo como “astuto, muy inteligente y tremendo” y no le encuentra ningún defecto. Acepta que él mismo tiene todas las cualidades y defectos de su papá y abuelo: “siempre lo he sabido”. Ellos tenían hijos extramatrimoniales.

Francisco tiene otro hijo de cinco años, nacido de una relación extramatrimonial que duró cuatro años. Esa relación se produjo en el ámbito del trabajo, pues ella ocupaba un puesto subordinado a él. Francisco dice haber mantenido esa relación porque le generaba mucho apoyo y estímulo para salir adelante con los problemas diarios. Sin embargo, a raíz de la relación con su secretaria, ambos fueron despedidos del trabajo, causando una crisis económica en su familia, porque estuvo tres años sin encontrar trabajo. Lo apoyó económicamente su hermana. Teresa dice sentirse traicionada por su esposo y no confía en que la relación extra-matrimonial haya terminado.

Francisco ha procurado reunir a sus tres hijos cada quince días. Tiene dificultades para comunicarse afectivamente con su hija mayor, la cual resiente la presencia de su hermanastro. Teresa afirma que ella ha promovido que los tres niños se lleven bien, porque ella vivió la misma experiencia.

Ellos encuentran que sus dificultades matrimoniales se relacionan con sus formas diferentes de reaccionar ante las adversidades. El reacciona fríamente ante las emergencias, aunque después le sobrevienen días de depresión. Ella reacciona con emoción y mucho llanto. No ha superado la pérdida de su padre cuando niña, tras cuya partida le sobrevino una serie de enfermedades serias que la tuvieron al borde de la muerte. Actualmente recurre constantemente a medicamentos y es depresiva.

De hecho la pareja ha tenido que enfrentar situaciones familiares muy difíciles. Su hija, ahora de diez años, vivió una situación de abuso incestuoso por parte de su tío (hermano de Francisco). La niña estuvo tres años en tratamiento psicológico, pero no ha reaccionado bien al mismo, pues demanda mucha atención de la familia, como una manera de mantener a la familia “unida” a través de su situación. Lloro dormida y tiene pesadillas constantes. Sin embargo, es una estudiante excelente y tiene buenas relaciones con compañeros y compañeras de estudio. No se relaciona con su tío, pero visita la casa de sus abuelos paternos donde éste vive, porque allí vive su tía “favorita”. El tío ha cometido incesto con otra niña y otro niño de familiares. Teresa se ha sentido muy culpable y responsable de lo que le pasó a su hija. Francisco también siente culpa a un nivel de pánico que paraliza la toma de decisiones. La niña siente que su abuelo y abuela optaron por su tío y no por ella, pues “ya no son los mismos de antes”. Siente que la única que le brinda apoyo es su madre.